

I D I L I O S D E T E Ó C R I T O

(Traducción directa del griego por
Julián Motta Salas).

IDILIO I — THYRSIS

THYRSIS.—Dulce es, oh cabrero, el susurro del pino que canta a orillas de las fuentes; dulce también el són de la siringa. Después de Pan llevarás el premio del certamen: que si él escoge un cabrito cornudo, tú tomarás una cabra; y si él obtiene el privilegio de una cabra, una corza te vendrá de contera, pues las corzas tienen buena carne hasta que se las ordeña.

EL CABRERO.—Más dulce, oh pastor, es tu canto que el agua que cae desde lo alto de las rocas. Si las Musas te traen una ovejita como presente, tú recibirás en premio un corderillo; y si a ellos les place tomar un cordero, tú conducirás después un rebaño.

THYRSIS.—¿Deseas ardientemente por las Ninfas, deseas, pastor, sentarte aquí en este otero inclinado, entre los arbustos, y tocar la zampona? Yo haré que pazcan mis cabras por aquí.

EL CABRERO.—No nos es permitido a nosotros, pastor, no nos es permitido tocar la zampona al mediodía, pues tememos a Pan, que en este momento reposa fatigado por la caza. Además, no consiente pulgas y una áspera cólera se le asienta, rezongando, en la nariz. Pero pues tú, Thyrsis, cantas las penas de Dafnis y sobresaes en los cantares de las bucólicas Musas, ven aquí y sentémonos bajo este olmo, en presencia de Príapo y las Ninfas de las fuentes, donde moran este sitio pastoril y estás encinas; y si cantares como cuando lidiaste por la decisión en tu favor con Cromis el Libio, te daré una cabra, madre de gemelos, que se puede ordeñar tres veces y, la cual, si bien con sus cabritos, es ordeñada hasta llenar dos jarras; te daré también un vaso hondo, revestido de cera purificada, con dos asas recién hechas y que aún huele a cincel. En torno de sus bordes se enrolla por lo alto una yedra, sembrada de inmortales o *helicrisios*, y sus frutos van enrollándose en espiral hasta abajo, or-

gulosos por su color de azafrán. En su interior está esculpida una mujer, obra de arte divino, adornada con un peplo y una diadema. A sus lados ríen con palabras, el uno con el otro, unos hombres de hermosa cabellera, pero no tocan su corazón esas cosas, pues ya mira al uno sonriendo, ya cae sobre el otro su atención; pero ellos, que a causa del amor tienen desde hace tiempo hinchados los ojos, se fatigan en vano. Adelante un viejo pescador arrastra apresuradamente sobre una piedra áspera una gran red: parece un hombre fuertemente cansado. Dirías que pone toda la fuerza de sus miembros para pescar; de tal manera se inflan sus nervios por todas partes en su cuello. Tiene encanecidos los cabellos, pero su fuerza es digna de la juventud. No lejos del viejo asendereado por el mar, hay una hermosa viña cargada de purpúreos racimos, que un muchacho pequeño guarda sentado sobre los setos. En derredor dos zorras, una de las cuales roe la hilera de viñas dañándolas y destruyendo lo comible, y otra prepara toda clase de astucias contra la alforja, y dice que no ha de dejar al muchacho antes de apoderarse de su desayuno.

Peró éste trenza con tallos de asfódelos una jaula contra las langostas, adaptándola con juncos; mas tanto menos cuida de la alforja ni de las viñas cuanto está encantado con la obra que trenza. Alrededor de su copa se despliega dondequiera un flexible acanto. ¡Pastoril espectáculo! Prodigio que te causará admiración. Como precio le he dado a un batelero de Calydna ¹ una cabra, vino y un gran queso intacto. Pues bien; con mucho gusto te lo daría si cantases para mí ese himno codiciado. Yo no me burlo. Ven, querido. No reservarás tu canto, pastor, para el olvidadizo Hades.

THYRSIS.—Comenzad, comenzad, queridas Musas, el canto bucólico. Yo soy Thyrsis, del Etna, y es dulce la voz de Thyrsis. ¿Dónde estabais vosotras, Ninfas, dónde, cuando Dafnis se consumía? ¿Acaso en los hermosos valles del Peneo ², o en el Pindo? Porque no habitáis vosotras a orillas del gran río Anapo ³, ni la atalaya del Etna, ni el agua sagrada del Acis ⁴.

Comenzad, comenzad, Musas queridas, los cantares.

Por ella los chacales, por ella dieron los lobos alaridos, a ella lloró el león desde la selva.

Comenzad, comenzad, Musas queridas, los cantares.

Muchas vacas gimieron a sus pies, muchos toros, novillos y novillas.

Comenzad, comenzad, Musas queridas, los cantares.

Llegó Hermes, el primero de la montaña, y le dijo a Dafnis: ¿Quién te aflige? ¿Por causa de quién tal amor? Llegaron los boyeros, los pastores y los cabreros, y todos le preguntaban de qué mal sufría.

Comenzad, comenzad, Musas queridas, los cantares.

Vino Priapo ⁵ y dijo: "Infortunado Dafnis, ¿por qué te consumes? ¡La joven corre por todas las fuentes, por todos los bosques, buscándote! No sabes amar y eres muy difícil de contentar. Boyero se te llamaba, pero ahora te pareces a un cabrero. Cuando el ca-

brero ve que las ovejas saltan de tal manera, sus ojos se derriten por no haber nacido macho cabrío”.

Comenzad, queridas Musas, los cantos bucólicos.

También a ti, luego que ves cómo ríen las doncellas, se te consumen los ojos porque no bailas con ellas. Nada dijo el boyero, pero sobrellevaba su cruel amor y hasta el fin cumplía su destino.

Comenzad, bucólicas Musas, comenzad de nuevo los cantos.

Vino también la dulce y sonriente Cipris, sonriendo en secreto, pues tenía un profundo resentimiento en su corazón, y le dijo: “Tú, Dafnis, te vanaglorías de dominar al amor, pero ¿no es el mismo terrible Eros el que te ha dominado?”

Comenzad, comenzad, bucólicas Musas, de nuevo los cantos.

Entonces le respondió Dafnis: “Cipris cruel, Cipris abominable, Cipris odiosa para los mortales. ¿Dices, pues, ahora, que todo el sol se ha puesto para nosotros? Aun en el Hades será Dafnis un dolor para el amor”.

Comenzad, bucólicas Musas, comenzad de nuevo los cantos.

¿No le dice el pastor a Cipris: vé sobre el Ida, anda a encontrar a Anquises? Allí crecen las encinas, aquí sólo la juncia, y las abejas zumban alrededor de las colmenas.

Empezad, Musas bucólicas, empezad de nuevo los cantos.

Adonis está en la flor de la juventud, pues apacienta sus rebaños, y hiera los pájaros y las fieras todas persigue.

Empezad, Musas bucólicas, empezad de nuevo los cantos.

Anda a colocarte de nuevo cerca de Diomedes⁶, y dile: “He vencido al boyero Dafnis, pero combate conmigo”.

Empezad, bucólicas Musas, empezad de nuevo los cantos.

¡Oh lobos, oh chacales, osos que tenéis cuevas en las montañas, adiós! Ya no se mostrará a vosotros el pastor Dafnis en el bosque, ni en la floresta de encinas, ni en la umbría! ¡Adiós!, Aretusa⁷, adiós ríos, que derramáis vuestras aguas en el seno de Tymbris⁸.

Comenzad, bucólicas Musas, comenzad nuevamente los cantares.

Yo soy aquel Dafnis que apacenté en estos prados los bueyes, Dafnis el que conducía a abrevar los toros y las novillas.

Comenzad, bucólicas Musas, comenzad nuevamente los cantares.

Oh, Pan, Pan, ya estés sobre las altas cimas del Lyceo, ya vagues por el gran Ménalo⁹, ven a la isla de Sicilia, deja la escarpada cima de Helike¹⁰ y el monumento de Lycaón¹¹, venerable para los mismos bienaventurados.

Cesad, bucólicas Musas, id y decid adiós a los cantares.

Ven, oh rey, y toma la siringa bella cuyos curvados carrizos de cera, olorosos a miel, se adaptan a los labios, pues yo, por el amor, soy arrastrado al Hades ya.

Cesad, bucólicas Musas, id y decid adiós a los cantares.

Ahora llevad, oh zarzas, violetas, llevad acantos; que el bello narciso se levante orgulloso sobre los enebros; que todo cambie ahora y el pino produzca peras, ya que Dafnis ha muerto, y que a los perros desuelle el ciervo, y las aves de las montañas osen competir en el canto con los ruiseñores.

Cesad, bucólicas Musas, id y decid adiós a los cantares.

Y diciendo estas palabras se calló para siempre. A él llegó Afrodita para levantarle, pero todos los hilos de sus días habían sido cortados por las Parcas, y Dafnis descendió al río infernal. El torbellino arrebató al hombre querido de las Musas, al que no fue odiado por las Ninfas.

Cesad, bucólicas Musas, y decid adiós a los cantares.

Y tú dame la cabra y la copa para que, ordeñando su leche, haga una libación a las Musas. Salud, muchas veces, Musas, salud. Yo os cantaré después cantos más dulces.

EL CABRERO.—Que se llene de miel, oh Thyrsis, tu bella boca; que se llene de panales de miel y puedas comer el higo dulce de Egilo¹², ya que cantas mejor que una cigarra. He aquí la copa: mira, amigo, ¡cuán bien sabe! Te parecerá que ha sido sumergida en las fuentes de las Horas¹³. He aquí a Kiseta. Ordénala tú. Y vosotras, cabras, no saltéis, no sea que el macho cabrío salte sobre vosotras.

NOTAS

¹ Calydna, o las islas Calydnas, están cercanas a Cos.

² El Peneo es el principal río de la Tesalia y corre a lo largo del hermoso valle de Tempe, entre los montes Olimpo y Ossa.

³ El Anapo es un río de Sicilia que desemboca en el mar al sur de Siracusa.

⁴ El Acis es otro río de Sicilia que corre al pie del Etna.

⁵ Príapo, el dios del amor sensual y de los placeres groseros, era también considerado como el dios de la fertilidad de los jardines y de los rebaños, cuyo culto se extendía desde el Asia Menor, especialmente Lampsaco, hasta Grecia e Italia. Se decía que era hijo de Afrodita y Dioniso o de algún otro dios. En sus estatuas, frecuentemente colocadas en los jardines, a la puerta de las casas, se le representaba de una manera grotesca con el símbolo fálico.

⁶ Se alude aquí al combate entre Afrodita y Diomedes, que cuenta *La Ilíada*, y en el que aquella fue herida por éste. El cual, según la mitología griega, era hijo de Tideo, y jefe de los hombres de Argos y Tirinto en la expedición a Troya, impetuoso, valiente y caballero capitán y uno de los principales guerreros cuya gesta se halla referida en *La Ilíada*. Su resentimiento con Afrodita se debió a que, cuando regresó a su hogar, descubrió que su esposa le había sido infiel. Abandonó entonces su morada y viajó a Italia, donde se dice que fundó varias ciudades en la Apulia y que fue sepultado en las islas de Diomedes, cerca a la costa de Apulia.

⁷ Aretusa era una fuente en Ortigia, isla del puerto de Siracusa. La leyenda refiere que el dios del río, Alfeo, se enamoró de la ninfa Aretusa cuando ésta se bañaba en sus aguas. Huyó ella entonces a Ortigia, donde Artemis la transformó en una fuente. Pero Alfeo, llevando sus aguas bajo el mar, se unió con la fuente.

⁸ Tymbris era, según los escoliastas, de los cuales dice Legrand que parecen estar mal informados, un río o una especie de canal.

⁹ Tanto el Ménalo como el Lyceo son unos montes de Arcadia.

¹⁰ Helike fue hija de Lycaón y amada por Zeus. Llena de celos Hera la trocó en una osa y Zeus la colocó entre los astros con el nombre de la Gran Osa. Su tumba se hallaba en una colina de Arcadia, y la de su hijo Arcas, sobre el Ménalo. Se dice que Arcas dio su nombre a la Arcadia.

¹¹ Lycaón era un legendario rey de Arcadia quien, como huésped de Zeus, le ofreció carne humana en un banquete con el fin de probar su divinidad.

¹² Egilo fue un héroe que dio su nombre a la villa de Egila, famosa por sus higos, y situada entre Atenas y el Sunio.

¹³ Las Horas son la personificación "de la belleza en su flor, de esas gracias magníficas que cada año adornan la naturaleza en su despertar, bien así como al hombre en su juventud", según Decharme, citado por R. Pessonneaux.

IDILIO II — LAS MAGAS

¿Dónde para mí los laureles? Tráelos, Thestylis¹. ¿Dónde los filtros? Corona la copa con el rojo vellón de lana de una oveja para que ate yo a aquel hombre querido que causa mi amargura y que, ¡oh infortunada!, hace ya doce días que no ha venido a mí, ni ha averiguado antes si somos muertas o vivas, ni ha golpeado a mis puertas el malévolo. O quizá le han tenido otras abiertas Eros y Afrodita para sus pensamientos volanderos. Mañana iré para verle a la palestra de Timageto y le reprocharé lo que me ha hecho; pero le ataré ahora por medio de los conjuros. Muéstrate bella, Selene; pues a tí te contaré, diosa plácida, y a Hécate, la que está bajo la tierra, ante la cual tiemblan los perros cuando va entre las tumbas de los muertos y la negra sangre. Salve, terrible Hécate, y acompáñanos hasta el fin, y haz que estos mágicos venenos no cedan en fuerza a los de Circe, ni a los de Medea, ni a los de la rubia Perimeda².

Aguzanieves³, arrastra tú a aquel hombre a mi morada.

La harina está ya enmollecida por el fuego. Esparce otra, Thestylis. Malaventurada, ¿a dónde ha volado tu espíritu? ¿O he llegado, pues, a ser yo para tí, abominable, objeto de un gozo maligno? Vierte la harina y di a un mismo tiempo esto: "Esparzo los huesos de Delfis".

Aguzanieves, arrastra tú a ese hombre a mi morada.

Delfis me ha causado un sufrimiento: yo quemó este laurel por Dafnis. Y como este laurel, al encenderse, crepita sobremodo, y se inflama súbitamente, y no vemos sus cenizas, que así se reduzca a polvo en el fuego la carne de Delfis.

Aguzanieves, arrastra a ese hombre a mi casa.

De la manera como yo derrito esta cera con auxilio de la diosa, que así se derrita inmediatamente de amor Delfis el Myndio⁴; y así como da vueltas este trompo de bronce impulsado por Afrodita, así también gire él ante nuestra puerta.

Aguzanieves, arrastra tú a ese hombre a mi casa.

Ahora quemaré salvado. Tú, Artemis, que mueves las puertas adamantinas del Hades y si otra cosa hubiere más firme. Thestylis, los perros aúllan en la ciudad; la diosa está en las encrucijadas. Cuanto antes haz resonar el bronce.

Aguzanieves, arrastra a ese hombre a mi casa.

He aquí que el Ponto calla y también callan los vientos, pero no calla el dolor dentro de mi corazón, y yo ardo toda por aquel que me convirtió, ¡desdichada!, en vez de una esposa en mujer infame y sin honra.

Aguzanieves, arrastra a ese hombre a mi casa.

Tres veces derramo libaciones y tres veces pronuncio, soberana señora, estas palabras: ya sea una mujer o un hombre quien comparta su lecho, que el tal olvide, cual en otro tiempo Teseo, de quien se cuenta que en Naxos olvidó a Ariadna, la de las bellas trenzas.

Aguzanieves, arrastra a ese hombre a mi casa.

Hay una planta llamada hipómanes entre los Arcadios, con la cual enloquecen todas las potrancas y los caballos que corren rápidos a tra-

vés de las montañas. Así viera yo a Delfis, del mismo modo enloquecido, penetrar a esta casa, fuera de sí, al salir de la brillante palestra.

Aguzanieves, atrae a ese hombre a mi casa.

Esta franja de la túnica que perdió Delfis, la voy despojando yo ahora hilo a hilo y la arrojo al fuego feroz. ¡Ay! cruel Eros, ¿por qué, como una sanguiuela del pantano, me has chupado toda la negra sangre de mi cuerpo?

Aguzanieves, atrae a ese hombre a mi morada.

Triturando una salamandra te llevaré mañana una mala poción⁵. Thestylis, coge ahora esas yerbas de los conjuros y vé a exprimir las allá en el umbral de la casa donde mi corazón atado está encima⁶ (pero él no hace caso de mis palabras), y dí, escupiendo⁷: “Esparzo los huesos de Delfis”.

Aguzanieves, atrac a ese hombre a mi morada.

Ahora que me encuentro sola, ¿cómo lloraré mi amor? ¿De qué comenzaré a hablar? ¿Quién me ha traído este infortunio? Anaxo, la hija de Eubulo, fue al bosque sagrado de Artemis como una canéfora⁸; escoltábanla en derredor muchos animales, entre los cuales una leona.

Dime de dónde vino mi amor, soberana Selene.

La nodriza tracia Teucáridas, la afortunada, que habita cerca de mí como vecina, me rogó y me suplicó ir a ver el cortejo; yo, sobremodo infortunada, fui con ella llevando una hermosa túnica de lino muy escogida y revestida con una tela de Clearista⁹.

Dime de dónde vino mi amor, soberana Selene.

Ya estaba a medio camino de la casa de Lycón, en la gran vía frecuentada por los carros, cuando vi que venían juntos Delfis y Eudamippo, con su barba dorada inmortal y el pecho más brillante que el tuyo, Selene, pues acababan de dejar la palestra y su hermoso ejercicio.

Dime de dónde vino mi amor, soberana Selene.

Tan pronto como lo vi enloquecí, como si un dardo, ¡malaventurada!, me hubiese herido el corazón; mi belleza se desvaneció y nada pude ver de aquel cortejo; ni supe cómo regresé a la casa, sino, devorada por una fiebre ardiente, permanecí en el lecho diez días y diez noches.

Dime de dónde vino mi amor, soberana Selene.

Mi piel se tornaba por momentos semejante al tapso¹⁰, todos mis cabellos se revolvían en mi cabeza, y lo restante no eran sino huesos y piel. ¿Y de quién no traspasé los umbrales, o a cuál vieja no consulté en su casa, para que revelara sus conjuros? Pero de nadie obtenía alivio en mi tormento, y el tiempo terminaba huyendo.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Entonces le dije la verdad a mi esclavo. Pues bien, Thestylis, encuentra un remedio para mi mal intolerable. El myndio me posee toda entera, ¡infortunada! Anda, pues, a espiar la palestra de Timageto porque allá suele ir, allá pasa agradablemente las horas.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Toda quedé más fría que la nieve, de mi frente corría un sudor igual a las húmedas gotas de rocío y no pude hablar una palabra, ni

cual en los sueños balbucen alguna vez los niños llamando a su querida madre, sino que mi hermoso se entiesó todo semejante a una muñeca.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Y viéndome el hombre sin afectos que fijaba yo los ojos en el suelo, se sentó en el lecho y, sentado, dijo estas palabras: "Créeme, Simeta, que al llegar yo aquí a tu casa hace poco, me le adelanté corriendo, en virtud de tu llamamiento, al gracioso Filino.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Porque habría venido, sin duda, habría venido, sí, y pongo por testigo al dulce Eros, con dos o tres amigos, tan pronto como fuese noche, guardando en mi seno las manzanas de Dioniso, y teniendo en la cabeza una blanca rama sagrada de Heracles, por todas partes rodeada de cintillas de púrpura.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Y si me hubieras recibido, si hubieras reposado en mí como amigo¹¹, pues soy tenido entre todos por ágil y hermoso, sólo habría querido besar tu bella boca. Pero si me hubieras rechazado y la puerta hubiera tenido cerrojo, las antorchas y las lámparas me habrían hecho ir hacia tí.

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

Ahora te debo gracias a tí, mujer, pues habiéndome llamado a tu casa me sacaste, la segunda, del fuego, ya medio abrasado, pues Eros enciende una luz más resplandeciente que el liparense Hefestos¹².

Dime, soberana Selene, de dónde vino mi amor.

"Porque, con funesto extravío mental, hizo huír a la ninfa del tálamo dejando aún caliente el lecho del esposo". Así dijo él; y yo, crédula, cogiéndole la mano, me incliné sobre el muelle lecho y pronto nuestros cuerpos se calentaron, y los rostros se encendieron y murmuramos dulcemente.

Y para no repetir sin cesar, querida Selene, cómo se hizo lo mejor y ambos llegamos a cumplir nuestros deseos, ni él ni yo tuvimos nada que reprocharnos hasta ayer. Pero vino a mí la madre de Filista, la tocadora de flauta, y de Melixo, hoy, cuando la Aurora, la de los brazos de rosa, era llevada por sus corceles del océano hacia el cielo, y ella me dijo, entre otras muchas cosas que Delfis, por cierto, ama apasionadamente. Si ahora le posee, sin embargo, tal amor de una mujer o de un hombre, no dijo saberlo exactamente, sino que siempre había libado copas de vino puro por el amor y que al fin se fue huyendo, y dijo que iba a adornar con coronas aquella casa que ama. Eso me dijo mi amigo, y es la verdad, pues venía a mí tres o cuatro veces en otro tiempo y ponía en mi casa muchas veces su frasco dórico. Ahora van ya doce días que no lo he visto. ¿No es, pues, que algo agradable le posee sin duda, y que se ha olvidado de nosotros?

Ahora le ataré con mis filtros; pero si aún me causa pesares, topará, sí, la puerta del Hades, de la Moira. Tales son, lo digo, señora, los venenos que guardo en una canastilla y que he aprendido de un huésped asirio.

Mas tú, señora, dirige alegre tus caballos hacia el océano, que yo llevaré mi dolor como lo he soportado. Adiós, Selene, la de la piel brillante. Adiós, astros todos que cortejáis el carro de la noche tranquila.

NOTAS

- ¹ *Thestylis*, esclava de Simeta.
- ² *Perimeda*, o quizá también *Agamede*, era hija de Augias, rey de Elida y conocía todos los medicamentos y sustancias medicinales y venenos que la vasta tierra produce.
- ³ La aguzanieves es un pájaro de unos ocho centímetros de largo, sin incluir la cola, que tiene casi otro tanto; ceniciento por encima, blanco por el vientre, y con cuello, pecho, alas y cola negros. Vive en parajes húmedos, se alimenta de insectos, y mueve sin cesar la cola. Esto dice el Diccionario de la Academia Española. La aguzanieves de que habla Teócrito era un pajarillo frecuentemente empleado en las operaciones mágicas, pues se le atribuía la propiedad de inspirar el amor.
- ⁴ *Myndio*, habitante de Myndo, que era una colonia doria sobre la costa de Caria, no lejos de Halicarnaso, frente a Cos.
- ⁵ Algunos creen que este primer verso ha sido interpolado.
- ⁶ La palabra *fid* significa literalmente montante de una puerta.
- ⁷ Escupe para hacer más fuerte el encantamiento.
- ⁸ Las *canéforas* eran unas doncellas procedentes de familias nobles de Atenas que acompañaban las procesiones en las fiestas de Deméter, de Artemis y de Atena, llevando en las cabezas un cesto que contenía el pastel sagrado, una guirnalda, el incienso y el cuchillo para matar la víctima.
- ⁹ Quizá alguna vecina complaciente.
- ¹⁰ El tapso era una planta que servía para teñir de amarillo y que se sacaba de la isla de Tapsos.
- ¹¹ La traducción de este pasaje difícilísimo, hecha por Legrand, en su libro sobre Teócrito que trae la colección titulada *Les belles lettres*, va por otro lado, pues dice: "Si me hubieras recibido, estaba bien (pues gozo de la reputación de ser ágil y hermoso entre los jóvenes) y me mantendría satisfecho si hubiese podido solamente besar tu bella boca..."
- ¹² Lipara es una isla cercana a Sicilia, donde se decía que tenía sus forjas Hefestos.

IDILIO III — SIMPOSIO EN HONOR DE DIONISO (KOMOS)

Canto a Amarilis, mis cabras pacen en la montaña y Títiro las conduce. Títiro, hermoso y querido amigo nuestro, apacienta las cabras, condúcelas, Títiro, a la fuente, y guárdate de que el macho cabrío de Libia te cornée.

¡Oh graciosa Amarilis!, ¿por qué no miras atentamente y llamas a esta gruta a tu amante? ¿Será que me odias?

¿Quizá, oh ninfa, te parezco chato de cerca, o de mentón saliente? Tú harás que me ahorque.

He aquí que diez manzanas te traigo. Las cogí allá donde tú me ordenaste cogerlas, y mañana te traeré otras.

Mira, al menos, el dolor que acongoja mi corazón. Ojalá fuese yo la zumbante abeja para llegar a tu gruta, deslizándome a través de la yedra y el helecho que te cela.

Ahora conozco el amor. ¡Terrible dios! Se nutrió sin duda a los pechos de una leona y le alimentó su madre en las florestas, y me consume y me hiere penetrando hasta los huesos.

Oh hermosa mujer deseosa de amor, aunque dura toda como el mármol, oh ninfa de negras cejas, abraza a tu cabrero para que te bese. Porque aun en los vacuos besos hay una encantadora dulzura.

Harás que al punto deshoje y deshaga una corona de yedra que guardo para tí, querida Amarilis, entretejida de botones de rosas y de fragantes apios.

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que experimento, infortunado? No me escuchas. Quitándome el pellico quiero lanzarme¹ a las ondas, precisamente de la altura donde el pescador Olpis observa los atunes, y si muero te daré un placer.

Conocí antes tus sentimientos, cuando pensando dentro de mí si me amabas no producía la planta *telefilia*² ningún sonido entre mis dedos³, sino que se marchitó tiernamente en mi piel.

Me dijo la verdad la bruja que predice lo porvenir por medio de un harnero, Parebatis, la cual iba cogiendo un día las espigas tras los segadores: que yo me encuentro en ella todo entero, pero ella no hace ningún caso de mis palabras.

Sin embargo, te guardo una cabra blanca, madre de gemelos, que me pide la hija del cabrero Mermnón, Eritakis, de piel negra. Se la daré, ya que tú eres la desdñosa conmigo.

Se estremece mi ojo derecho. ¿Por ventura la veré? Cantaré apoyado en este pino, y quizá me vea, ya que no es de diamante.

Cuando Hipómenes quiso casarse con una doncella empezó la carrera teniendo manzanas en las manos; pero cuando lo vio Atalanta⁴, así enloqueció como si tuviese el espíritu agitado por un profundo amor.

El adivino Melampo condujo su rebaño de Otris a Pilos y la graciosa madre de la circunspecta Alfesibea se reclinó en los brazos de Bías⁵.

Y Adonis, apacientando sus rebaños en las montañas, ¿no condujo a un transporte sobremodo apasionado a la hermosa Citerea, hasta estrechar contra su seno al que había fallecido?

Me parece digno de envidia Endimión⁶, que duerme el sueño eterno; envidio también, mujer querida, a Jasón⁷, a quien fue dado cuanto no hubiérais alcanzado vosotros los profanos.

Me duele la cabeza, pero tú no te apiadas de mí. No canto más. Cayendo al suelo, que los lobos me coman así. Que mi muerte sea dulce como la miel que baja a tu garganta.

NOTAS

¹ El verbo *haléomai*, de *haléomai*, significa literalmente esquivar, evitar; sin embargo, traductores como Pessonneaux, con el fin de guardar relación con lo que sigue, prescindieron de esa significación. "Saltaré a las ondas", traduce PH. E. Legrand.

² La voz *teelésilon*, que trae el texto, significa literalmente "el que ama de lejos"; pero parece que se trata de la hoja de la adormidera, como dicen los escoliastas y como hay lugar a conjeturarlo por lo que sigue, pues para consultar la suerte se aplicaba una hoja de adormidera sobre el codo izquierdo y luego se la golpeaba con la palma de la mano derecha. Si la hoja sonaba, era favorable el presagio. Legrand traduce la palabra por "mensajero de amor". Yo he preferido traducir sencillamente *telesíla*.

³ La adivinación se cumplía, como se ha dicho en la nota anterior, por medio de la hoja de adormidera aplicada sobre el codo izquierdo.

⁴ Era Atalanta una experta cazadora que se solazaba matando fieras en los bosques, pero tan ceñosa y enemiga del himeneo que despedía con calabazas a todos sus pretendientes, y a los que mucho la acosaban les sometía a la difícil prueba de competir con ella en la carrera, en la cual nadie la aventajaba, pues era más veloz que el viento. Tanto más difícil era la prueba cuanto que todos los que salían vencidos los condenaba a muerte inevitable, pues vencidos en la carrera los atravesaba con su pica. Esto no obstante, Hipómenes, llamado también Melanios, se atrevió a solicitar su mano. Pero como estaba favorecido por Afrodita, y ésta, sin duda, le había soplado la manera de vencer a la obstinada doncella, antes de lanzarse con ella a la carrera llevó en sus manos tres manzanas de oro del jardín de las Hespérides, y cuando ya se vio alcanzado en plena carrera por Atalanta arrojó al suelo una de las manzanas. Detúvose la doncella, seducida por la hermosura del fruto, a recoger la manzana, y mientras tanto Hipómenes siguió corriendo adelante. Cuando ya vio que Atalanta le alcanzaba y bebía sus alientos, dejó caer la segunda manzana y lo mismo hizo por tercera vez con la última, en tanto que Atalanta perdía tiempo en recogerla, y así llegó el doncel como primero a coronarse vencedor, por lo cual se casó con su brava competidora.

Aquí, según Legrand, sigue Teócrito otra versión, que es la de Filetas, según la cual las manzanas hicieron que Atalanta se enamorase de su pretendiente.

⁵ *Bias*, hermano del adivino Melampo, había pedido la mano de Pero, hija de Nelea, rey de Pyllos, el cual puso por condición que le condujese los bueyes de Ificlo, rey de Fylacio, en Tesalia. Melampo, hermano de Bias, intentó la expedición, robó el rebaño que condujo desde el Othrys, montaña de Tesalia, hasta Pyllos, y tuvo éxito en la empresa, para su hermano, gracias a sus cualidades de adivino. Casóse así Bias con Pero, que le dio a Alcesibes.

⁶ Cuéntase que Selene, llamada Artemisa, estaba enamorada perdidamente del hermoso ebo que había nombre Endimión, al cual le había otorgado el soberano de los dioses el don que pidió y que no fue otro que el de ser inmortal, no envejecer jamás y quedar dormido en placido sueño sin fin. Joven siempre y bello, dormía en su gruta cuando un día lo vio la preciosa Artemisa o Selene, quedando al punto prendada de un profundo amor, tal que de noche descendía en un tibio rayo de luna, le sorbía cariçiosa el aliento mientras dormía, le admiraba las mejillas y se dormía a su lado en sueño deleitoso.

⁷ Jasón fue hijo de Minos y amado de Deméter, de quien tuvo a Pluto.

IDILIO IV — LOS PASTORES BATTO Y CORIDÓN

BATTO.—Díme, Coridón, ¿de quién son estas vacas? ¿De Filondas, acaso?

CORIDÓN.—No, sino de Egón. El me las dio para apacentarlas.

BATTO.—¿Las ordeñas todas por la tarde a escondidas?

CORIDÓN.—No, pues el viejo pone a mamar bajo ellas los becerros y me vigila.

BATTO.—Pero es invisible. ¿A qué región se ha ido el boyero?

CORIDÓN.—¿No lo oíste? Conduciéndole Milón, se fue al Alfeo ¹.

BATTO.—¿Y cuándo ha visto él con sus ojos el aceite en el estadio?

CORIDÓN.—Se dice que rivaliza con Heracles en fuerza y en poder.

BATTO.—Y en cuanto a mí decía mi madre que era mayor que Pólux ².

CORIDÓN.—Se fue de aquí con un zapapico y veinte corderos.

BATTO.—Sin duda le agradan más a Milón que enfierecerse con un lobo.

CORIDÓN.—Pero estas novillas le siguen con cariño mugiendo tras él.

BATTO.—¡Desdichadas ellas que tan mal boyero hallaron!

CORIDÓN.—Desdichadas, ciertamente, y no quieren pacer.

BATTO.—Pues aquí hay una ternera a la que no le quedan sino los huesos. ¿No se alimenta de rocío como la cigarra?

CORIDÓN.—No, por Zeus. Ya la apaciento a las orillas del Esaro y le doy un buen manojo de yerba tierna, ya salta alrededor del Latimno sombroso ³.

BATTO.—También está flaco este toro colorado. Cuando los habitantes del demo Lampriadas ofrecen sacrificios a Hera ⁴ desearían obtener en suerte uno semejante, pues es un pueblo pobre.

CORIDÓN.—Y sin embargo lo llevo al lago formado por las aguas del mar, o a Fiscos, o a las orillas del Nauaithos ⁵, donde hay toda suerte de hermosas plantas, como el trigo de cabras, la coniza y el fragante toronjil.

BATTO.—¡Ay! ¡Ay!, se irán tus vacas al Hades, infortunado Egón, cuando tú amas apasionadamente una victoria infeliz, y la siringa que hiciste se cubre de moho.

CORIDÓN.—Pues no aquella, no, Ninfas, pues al alejarse un día para Pisa ⁶ me la dejó como regalo. Yo soy un músico y entono muy bien las canciones de Glauca y las de Pirro ⁷; y alabo a Crotona, y Zacintos, que es bella ciudad, y el Lacinio, situado al oriente, donde el atleta Egón se comió él solo ochenta panes. Allá condujo un toro desde la montaña, arrastrándolo por los cuernos, y lo dio a Amarilis: las mujeres gritaban sobremanera y el boyero se rió mucho.

BATTO.—¡Oh graciosa Amarilis, no te olvidaremos jamás a tí sola, aun cuando mueras! ¡Cuánto dolor nos has de causar, querida, cuando te ausentes! ¡Ay! Duro destino sobremodo el que me ha tocado compartir.

CORIDÓN.—Hay que tener valor, querido Batto. Quizá mañana será mejor. Las esperanzas son para los vivos, pues los muertos ya no tienen esperanzas. Y sucede que Zeus nos manda, ora un tiempo sereno, ora otro de lluvia.

BATTO.—Yo tengo valor. Arroja los terneros abajo. Las infelices roen los retoños de olivo. Aquí, Blanca! ⁸

CORIDÓN.—¡Aquí, Cimeta!⁹ ¡A la altura! ¿No oyes? Iré, sí, por Pan, a darte un mal fin si no te retiras de allá. He aquí que ella se acerca de nuevo. Si yo tuviera mi corvo cayado, cómo te golpeará.

BATTO.—Mírame, Coridón, por Zeus, pues una espina se me ha hincado aquí bajo el talón. ¡Cuán tupidos están estos cardos! ¡Ojalá perezca malamente la ternera! Me golpeé por haber estado mirándola con la boca abierta. ¿Ves acaso la espina?

CORIDÓN.—Sí, sí, y la tengo con mis uñas. Hela aquí.

BATTO.—¡Cuán pequeña es la herida, y ha domado a un hombre tan grande como yo!

CORIDÓN.—Cuando trepes a la montaña no vayas descalzo, Batto, pues en la montaña abundan las cambroneras y las aliagas.

BATTO.—Díme, Coridón, ¿aún está encariñado el vejezuelo de aquella apasionada hembra cejinegra, de la cual se picó de amor cierto día?

CORIDÓN.—Hasta ahora ciertamente, ¡infortunado! Un día viniendo yo de improviso, le sorprendí comenzando, agitado por la pasión, cerca del establo.

BATTO.—Bien, viejo corrompido, por cierto. Tu raza compite muy de cerca con los Sátiros y los Panes de feas piernas.

NOTAS

¹ Milón es el célebre Milón de Crotona, de extraordinaria fuerza. Se habla aquí del Alfeo porque los juegos olímpicos se celebraban cerca de él.

² Pólux, uno de los Dioscuros, era famoso por su vigor y su habilidad en el pugilato, así como su hermano Cástor por su habilidad en la conducción de caballos.

³ El Esaro era un río que pasaba cerca de Crotona, y el Latimno una colina cercana.

⁴ Hera o Juno a la cual se le tributaba culto especial en el sur de Italia, sobre todo en el promontorio Lacinio, que no demora lejos de Crotona.

⁵ Según los escoliastas una montaña. Los Fiscos, antiguos colonos establecidos en las proximidades de Crotona.

⁶ Pisa quedaba en la Elida, a muy poca distancia de Olimpia.

⁷ Glauca era una música originaria de Quíos, que vivió en tiempos de Tolomeo Filadelfo, y Pirro un poeta lírico de Lesbos, según unos, de Mileto, como dicen otros, y autor de canciones jónicas.

⁸ Nombre de una ternera.

⁹ Cimeta, con *c*, una cabra; Simeta, con *S*, nombre de mujer.

IDILIO V — CANTO CABRERIZO Y PASTORAL

Comatas y Lacón.

COMATAS.—Cabras mías, huid de ese pastor, el Sybarita Lacón, que ayer me robó mi piel de cabra.

LACÓN.—¿No os alejaréis de la fuente? Aquí, cabras. ¿No veis a Comatas, que antes me robó mi siringa?

COMATAS.—¿Cuál siringa? ¿Poseíste tú alguna vez, esclavo de Sibyrta, una siringa? ¿No te basta a tí soplar con Coridón un pobre caramillo?

LACÓN.—La siringa que ha dado el hombre libre, Lycón. Pero ¿qué vellón de lana te ha quitado nunca a tí Lacón? Dí, Comatas. Pues ni tu patrón Eumaras tenía uno en qué dormir.

COMATAS.—El que me había dado Crocylo, esa piel manchada, cuando sacrificó la cabra a las Ninfas. Tú, hombre malo, te pudrías entonces de envidia, y ahora, en fin de cuentas, me has dejado desnudo.

LACÓN.—No, no, por Pan, el ribereño, no te ha quitado tu piel Lacón, el hijo de Caletis. Si miento, que enloquecido salte desde lo alto de esta roca, hombre, al Cratis.¹

COMATAS.—No, ciertamente, no, mi querido, por estas Ninfas de los pantanos —y ojalá me sean propicias y benévolas—, Comatas no ha quitado a escondidas tu siringa.

LACÓN.—Si te creo, ¡que soporte los pesares de Dafnis! Pero si quieres que pongamos como prenda un cabrito, aun cuando no sea nada sagrado, vamos y cantaré hasta que te vayas vencido.

COMATAS.—Un día el puerco desafió a contienda a Atena². Aquí está. Pongo el cabrito. Pero vamos, tú, por tu parte, pon un cordero bien cebado.

LACÓN.—¿Y cómo, zorro que eres, se pondrán esas prendas por igual entre nosotros? ¿Quién cortó cabellos en vez de lana? ¿Y quién, teniendo una cabra madre de primer parto, comete la locura de ordeñar una mala perra?

COMATAS.—Quien, como tú, te jactas de vencer a tu vecino, es una avispa que zumba ante una cigarra. Pero ya que no tienes un cabrito igual, aquí está este macho cabrío. ¡Rivaliza!

LACÓN.—No te apresures. Pues no está el fuego cerca de tí. Te será más grato para cantar que te sientes aquí bajo este olivo salvaje y a la sombra de este bosque; aquí corre el agua fresca; aquí crece la yerba y ofrece suave lecho, y aquí charlan las langostas.

COMATAS.—Pues no me apresuro; pero se me sube el humo a las narices porque tienes la audacia de mirarme con ojos tan altaneros siendo aquel a quien niño dí otro día lecciones. ¡Alimenta lobeznos, alimenta perros, para que te coman!

LACÓN.—¿Y cuándo, que yo recuerde, aprendí de tí u oí algo bueno, envidioso y renacuajo que tú eres?

COMATAS.—Cuando yo te poseía y tú te quejabas. Estas cabras balaban y el macho cabrío las cubría.

LACÓN.—¡Que ojalá no seas enterrado más profundamente que lo es esa obscenidad, jorobado! Pero ven, pues, ven aquí y por última vez cantarás un canto bucólico.

COMATAS.—No iré allá. Aquí hay encinas, aquí juncias, aquí zumban gratamente las abejas al pie de las colmenas, hay aquí dos fuentes de agua fría, parlan los pájaros en la arboleda y la sombra no es semejante a la que a tu lado tienes. Además, el pino arroja desde lo alto sus frutos.

LACÓN.—Si vienes hollarás pieles de corderos y vellones más suaves que el sueño, mientras que tus cueros de macho cabrío huelen aún más mal que tú. Ofreceré una cratera grande con blanca leche a las Ninfas y también otra de aceite delicioso.

COMATAS.—Mas si vinieras tú hollarás aquí tierno helecho y menta florecida; bajo tu cuerpo se extenderán pieles de cabra mucho más suaves que las de tus corderos. Ofreceré ocho tazas de leche a Pan y ocho cuencos llenos de panales de miel.

LACÓN.—Desde allá contiende conmigo y desde allá canta un cantar bucólico. Huella tu sitio, ten tus encinas. Pero ¿quién será juez entre nosotros? ¡Si el boyero Licopas pudiera venir aquí!

COMATAS.—Para nada necesito yo de él. Pero, si quieres, gritemos a aquel hombre, el leñador, que está amontonando aquellas haces de brezos cerca de tí. Es Morson.

LACÓN.—Gritemos.

COMATAS.—Llámale tú.

LACÓN.—¡Hola!, compañero, escucha un poco; ven aquí. Nosotros vamos a competir sobre cuál es mejor en el canto bucólico. Tú, querido Morson, no me juzgues con complacencia, ni favorezcas a ése.

COMATAS.—Sí, por las Ninfas, amigo Morson, ni inclines la justicia en favor de Comatas, ni seas tú complaciente con ese. Este rebaño pertenece a Sibyrtas de Turio, y ves, mi querido, las cabras de Eumaras el Sybarita.

LACÓN.—¿Quién te preguntaba. ¡por Zeus!, oh el más malo de los hombres, si el rebaño es de Sibyrtas o mío? ¡Qué charlatán eres!

COMATAS.—¡Oh el mejor de los hombres! Yo digo en todo la verdad y de nada me ensoberbezco. Pero tú eres demasiado pleitista.

LACÓN.—Vamos, dí, si algo tienes que decir, y deja que el compañero torne vivo a la ciudad. Oh Peán, ¡qué lengua tan charlatana tienes, Comatas!

COMATAS.—Las Musas me quieren mucho más que el cantor Dafnis: yo les sacrificué antes dos cabras.

LACÓN.—Pues a mí me quiere mucho Apolo, y para él cebo yo un hermoso carnero. Pero las Carneas³ se acercan.

COMATAS.—Con excepción de dos ordeño las restantes cabras, madres de dos cabritos, y la hija dice al mirarme: “¡Pobre!, tú solo ordeñas”.

LACÓN.—¡Oh! ¡Oh! Lacón llena casi veinte cestos con quesos y en los prados florecidos acaricia⁴ al niño impúber.

COMATAS.—Clearista arroja manzanas al cabrero que pasa con sus cabras y algo dulce murmura.

LACÓN.—Pues cuando Cratidas, el de las lisas mejillas, se le presenta al pastor, lo enloquece; sobre su cuello se agita la brillante cabellera.

COMATAS.—No son comparables el escaramujo o madreSelva, ni la ancmona, a las rosas, plantas aquellas que se crían al abrigo de los muros.

LACÓN.—Ni las manzanas silvestres con las bellotas; éstas tienen, de la encina, una corteza rugosa, mas las otras son pura miel.

COMATAS.—Yo le daré inmediatamente a la doncella una tórtola que cogeré en el enebro, pues allí posa ella.

LACÓN.—Pues cuando yo esquite la oveja negra le daré a Cratidas, para su manto, un tierno vellón.

COMATAS.—¡Sitt! ⁵. Lejos del olivar, rebaño mugiente. Paced aquí, sobre la pendiente de este otero, donde crecen los arbustos.

LACÓN.—¿No os apartaréis de estas encinas, tú, Conaros, y tú Cineta? Paced aquí, al oriente, donde está Falaros.

COMATAS.—Tengo un vaso de madera de ciprés, una copa, obra de Praxíteles, los cuales guardo para la muchacha.

LACÓN.—Y yo tengo un perro pastor que estrangula los lobos y que doy a la muchacha para cazar todas las bestias.

COMATAS.—Langostas, que saltáis sobre mi pegujal, no mutiléis mi viñedo, pues está como seco.

LACÓN.—Cigarras, mirad cómo incito al cabrero; así, creo yo, incitáis vosotras a los segadores.

COMATAS.—Odio las zortas de frondosa cola que van siempre por las tardes a la viña de Micón y se comen las uvas.

LACÓN.—Y yo odio los escarabajos que devoran los higos de Filondas y luego se los llevan los vientos.

COMATAS.—¿No recuerdas cuando yo te estreché ⁶ y tú agitabas... sonriendo y te agarrabas a esta encina?

LACÓN.—Eso no recuerdo, sino aquel día en que Eumaras te ató y te zurró de lo lindo; yo lo sé muy bien, por cierto.

COMATAS.—Cierto, Morson se irrita. ¿No lo has observado? Anda a atancar cebollas sobre la tumba de Grea ⁷.

LACÓN.—Yo también irrito a alguno, Morson. Y tú también lo ves. Vé ahora a las orillas del Hales a desenterrar el cyclame ⁸.

COMATAS.—Que el Himera, en vez de agua, corra en leche. Y que para tí, Crates, corra vino rojo, y los mimbres produzcan fruto.

LACÓN.—Y que la miel del Sybaris corra para nosotros, y que al nacer el día saque la niña en su cántaro miel, en vez de agua.

COMATAS.—Mis cabras comen citiso y eguilo ⁹, huellan con sus patas el lentisco y reposan entre los arbustos.

LACÓN.—Mis rebaños pacen el toroujil en abundancia, y el cisto se cubre de flores como rosas.

COMATAS.—Yo no amo a Alcipa, porque no me besó el otro día, al cogermé de las orejas, cuando le dí la tórtola.

LACÓN.—Pero yo amo mucho a Eumedes, porque me dio un buen beso cuando le ofrecí la siringa.

COMATAS.—No está permitido por las leyes, Lacón, que las cotorras osen competir con el ruiñeñor, ni los mochuelos con los cisnes. Pero tú, desdichado, eres un buscarruidos.

LACÓN.—Yo exhorto al pastor a cesar en la lucha. A tí, Comatas, te da Morson la cordera. Y tú, al ofrecer el sacrificio a las Ninfas, envía inmediatamente un buen pedazo de carne.

COMATAS.—Sí, yo lo enviaré, por Pan. Brinca ahora resoplando, todo mi rebaño de machos cabríos. Y mirad cómo me río yo, a mandíbula batiente, del pastor Lacón, porque he llegado por fin a ganar la cordera. Saltaré ante vosotros hasta el cielo. Cabras mías, esforzad vuestras cornudas cabezas. Yo os llevaré a todas mañana en las aguas del Sybaris. Tú, Leucita, que das golpes con tus cuernos, si cubres a una de mis cabras antes de que yo haya sacrificado la cordera a las Ninfas, te golpearé. Pero él comienza de nuevo. Mas si no te zurro, que me convierta en un Melantio¹⁰, en vez de Comatas.

NOTAS

¹ El *Cratis*, río de Italia meridional que desembocaba cerca de Sybaris.

² Es un conocido proverbio.

³ Las *Carneas* eran unas fiestas celebradas en honor de Apolo Carneio, protector de los rebaños. Celebrábanse en Esparta y en algunas regiones del Peloponeso, y duraban nueve días.

⁴ He empleado este verbo más velado, en vez del sucio del original.

⁵ *Sitt*, o sea la voz del pastor para llevar su rebaño.

⁶ Empleo este verbo más pulcro que el bárbaramente crudo del original.

⁷ Para *Pessonneaux* era el nombre de una vieja adivina.

⁸ El *Hales* era un río de Lucania, y del *ciclame* se decía que tenía propiedades eméticas y purgantes.

⁹ *Eguilo*, voz intraducible al castellano, era un pasto natural para los ganados.

¹⁰ Melantio fue el perverso cabrero y jefe de los esclavos de Ulises, en la *Odisea*, al cual castiga éste de una manera terrible por su ingratitud y por haber favorecido la causa de los inicuos pretendientes.